

á la salida; y si Ud. no desconfía como el cochero, en cinco minutos voy y consigo los cuatro reales ¿quiere Ud?... luego, en abonos, yo le iré dando lo que Ud. cobre por una noche entera, pues no pude resistir mirándola á Ud. y... desnudándola!—concluyó por lo bajo.

Rato llevaba Santa de estar gozando inmensamente con la chusca confesión de su enamorado, por lo que al llegar á este punto, echósele encima, como loba que era, y ambos rodaron abrazados por la cama gemebunda y débil.

—Hiciste divinísimamente bien ¿zopenco! ¡saboroso! ¡feo!... Vuelve á desnudarte ¡conquistador! y no te acuerdes de tu costurera ni de tu novia, acuérdate de mí nada más y ven ¡mi vida! hártate de mí que te me doy toda ¡ójelo! te me doy de balde, hasta que te canses, para que vuelvas á soñar con Santa...

Lo mismo que ogro hambreado pagóse Santa un festín con aquella juventud que, á su vez, mostraba afilados colmillos y un apetito insaciable. Cómo mordía ¡canijo! cómo mordía y cómo devoraba, sin refinamientos, depravaciones ni indecencias, sino á lo natural, con glotonería de dieciséis años, deliciosamente!...

—Ay, Santa! Santa!—suspiraba durante las treguas, rendido,—qué linda eres!

No necesitaba Santa apelar al arsenal de torpes excitantes á que apelaba en el ejercicio de su socorrida profesión. Con mirarlo, con moverse, con respirar lo enardecía; y él volvía á la carga con bríos mayores, en parte, por exigencias orgánicas casi vírgenes, y en parte, por hacer provisión, lo más que se pudiera, de mujer

codiciada, superior á sus medios y que quizás no volvería á disfrutar en muchos años, hasta que no ganase costales de dinero.

Dióse por vencida Santa, en dulce y nunca experimentada derrota; y sacándose de la media un lio de billetes de banco, ella ordenaba ¡cuidadito! invitó á comer. Un criado marchó en solicitud de viandas: una comida de fonda humilde, rociada con cerveza barata, que les supo á banquete.

Entristeciéronse ambos, al ponerse la luz; olvidados de que en esta pícara vida todo concluye, todo, aún ella misma. Nada se habían prometido ni nada habían recordado, por lo que su junta resultó encantadora. A causa de la falta de promesas, no tuvieron que engañarse ni se adelantaron las desazones que ya el prometer trae consigo; y á causa de la falta de recuerdos, no resucitaron penas ni amarguras, las que, parecidas al polvo de lo que se tiene arrumbado en los arcones de las casas ó en los armarios de las memorias, sale revuelto con las reminiscencias placenteras cuando manoseamos los días viejos ó cuando oreamos las momias de las épocas difuntas. Ellos nó; celebraron y festejaron su imprevista conjunción, sin enconos por el pasado ni aprensiones por lo porvenir. Se besaron; vivieron largos años en fugaces minutos, y al separarse por corporal cansancio, se sonrieron satisfechos, plácidos, agradecidos mutuamente de no haberse escatimado voluntades ni caricias.

Su conjunción fué un doble crepúsculo: para el estudiante, con sus dieciséis años, crepúsculo de aurora, de alba; para la infeliz de Santa, un

crepúsculo de **atardecer**, de noche que comienza pero que todavía no amedrenta, que con su media tinta adormece cuitas, disminuye dolores y promete **descanso**. Como todos los crepúsculos, fué bello para **el** uno y para el otro. A la donación espléndida del cuerpo de la moza, pagó el doncel con la **ofrenda** soberbia de sus besos y de su juventud. **Nada** se debían, por eso nada se cobraban. Y se **separaron** tan contentos, cual los pastores primitivos, los Daphnis y las Chloes del poeta heleno. **Ni** siquiera les ocurrió darse nueva cita ¿con **qué** objeto?... El amor no emplaza; las aves y las **flores** no se encadenan; se encuentran, hay un **rumor** de alas, caída de algunas plumas, gorjeos; hay tallos inclinados, polen en corolas que se **iluminan**, caída de algunas hojas, perfume que se **difunde**, y nada más. La naturaleza se regocija, la tierra se pasma, el mundo ama!

¡Pobre Santa! Cuántas ocasiones después de esta fecha grata, recordó hasta sus detalles más nimios! Diríase **que** su casual encuentro con el estudiante había sido análogo á la luz del fósforo que encendemos para avanzar en lo obscuro. Alumbra, sí, **pero** tan poco, y se nos consume al necesitarla **tanto**... Porque, á contar de aquí, el descenso de **Santa** convirtiéndose en un despeñamiento idéntico **á** todos los despeños; rapidísimo, implacable, sin **nada** ó sin nadie que lo evite ó remedie. Sólo **había** algo que caminará más de prisa que su **despeñadura**, su enfermedad; los dolores aquellos, en su principio raros y ya tremendos, ahora **frecuentes**, lacerantes, preñados de fúnebres **presagios**. Atribuálos Santa al mal

que aterroriza á las prostitutas, la sífilis, que tarde ó temprano, casi siempre las atrapa. Procedió lo propio que para combatirla proceden las del gremio: desde luego, una ocultación absoluta, para la que es preciso, al apretar los dolores, una resistencia inverosímil, que llega á las lágrimas; reír en lugar de aullar; retorcerse á solas y en público tolerar el corsé,—que se vuelve coraza de tormento,—los abrazos de los clientes, que se asemejan á tenazas de martirios venecianos. Después de la ocultación al extremo, la aplicación peligrosa de remedios empíricos, las yerbas que envenenan ó sanan, vendidas á hurtadillas únicamente por agoreras ancianas y soterradas en viviendas remotas y espantosas, donde terminan los arrabales de las ciudades y comienzan los terrenos baldíos, desolados, yermos; los ungüentos y los polvos con nombres ininteligibles; los encantamientos y hechicerías; los talismanes y los augurios: “Emplee Ud. sangre de gallo ó pelos de gato negro”, “cargue Ud. un ojo de venado ó un esqueleto de lagartija”, “ponga una batea de agua á la luz de la luna en menguante, quemencie y bese el trasero de un recién nacido”; la magia y el ocultismo, las frases portentosas, los quietismos, las invocaciones diabólicas de enmarañado sentido, las heregias y las impiedades; cuanto daña el espíritu sin aliviar la carne. Todo lo hizo Santa y su mal persistía, inatajable, insidioso, progresando, como castigo venido de lo alto por culpas endurecidas y que mina un organismo sometiéndolo á padecimientos crueles y sin cura. Por maravillosos que fuesen específicos y drogas, estrellábanse contra la terquedad

de la dolencia que, día á día, se aguzaba; ahora el dolor abarcaba regiones varias, escoriaba y ulceraba, roía con ferocidades de animal dañino y pequenísimo al que no sabemos dar caza. Había crisis insoportables, que sumían á Santa en un infierno de penas, del que salía, sin embargo, con el semblante normal, la color firme y sin menoscabo las curvas de su cuerpo. Notaba, no obstante, cierto agravamiento al concluir de proporcionar placer á los que por su dinero exigíansele, y, al propio tiempo, no se reconocía fuera de combate, llevaba á cabo prodigios inauditos de fingimiento y resistencia.

Luego, que con la misma imprevisión con que fué guardando las joyas que le dieron sus apasionados ricos,—una cantidad más que mediana de gemas preciosas que ella arrumbó en cincelado cofrecillo, con las que engalanó su belleza tentadora y con las que se complacía en jugar arrancándoles soberanos destellos cuando desde arriba dejábalas caer en el capitonado fondo del alhajero,—esas joyas la abandonaron sin sentir, á par que la salud, los enamorados y los protectores. Entre las corredoras de alhajas que frecuentan los prostibulos en representación de los murciélagos y que le compraron las piedras en la séptima ú octava parte de su valor, y los prenderos peninsulares, que son, si cabe, peores aún que las corredoras, en un suspiro pusieronla sin más alhajas que sus ojazos, todavía brillantes á pesar de las lágrimas, aterciopelados y expresivos, con el divino alero de sus pestañas sedosas y rizadas que los sombreaban y defendían avariciosamente. Volvía la cara Santa y ha-

ciase cruces por lo veloz de la desaparición ¿cómo era posible perder en un instante tanta piedra, tanto oro, tanto esmalte?...

Mientras las joyas produjeron dinero, la situación anduvo tal cual; se pudo coechar á los "agentes" que con ferocidades de milano y afán de enterradores perseguían á la ave enferma y próxima á perecer; se pudo conservar algo de legítimo orgullo, protestar contra inhumanas exigencias de amas de burdel, mudar de casa, hasta instalarse en vivienda privada, que hubo que desertar en breve. Pero las joyas se fueron á pique y se apeló entonces á los trajes de costo, las sedas y rasos que no se estimaban antes cosa mayor, los sombreros, abrigos y plumas que antes contábanse á docenas. ¡Qué atrocidad, todo se iba! Y al paso que la pobreza y la desnudez se afianzaban, el descrédito cundía y la traidora enfermedad agravábase. Ya en burdeles inferiores ponían reparos para admitir á Santa; ya el gremio sabía la enferma, y de comentar la dolencia tantísima boca, peor resultaba aquélla y más desahuciada la víctima; ya los hombres conocían el caso y aconsejábanse unos á otros... ¿ayudar ó ver de aliviar á quien había sido su ídolo?... ¡qué bobería! aconsejábanse no tener tratos con ella, huirla, era un peligro y una amenaza. Alguien propúso denunciarla á la autoridad á fin de que se apartara y á buen recaudo se pusiese el infalible é inminente contagio.

Con perfecta conciencia de que se hundía, Santa continuaba hundiéndose. Para que le dolieran menos los golpes, declaróse decididamente la querida del alcohol que siquiera la adorme-

cia, y aún la obsequiaba cuando entre sus viscosos brazos de mónstruo sujetábala, con panoramas y espejismos que la hicieron amar los envenenados sopores, cargar la mano para que el engaño se prolongase ¡sobre que así era feliz! si quiera en sueños de plomo de los que despertaba aporreada, el alcohol conducíala á su pueblecito de Chimalistac, á su casita blanca con naranjos y gallinas, al regazo de su madre, al honesto querer de sus dos hermanos honorables.

De despertar y volver á los ergástulos, Santa lloraba; mas al principiar á beber su tósigo, cuánto reía, á carcajadas roncacas y lúgubres, que sus cofrades de vicio no entendían pero sí respetaban con honda conmiseración callada, apuntando en sus pupilas apagadas de alcohólicos.

Hipólito venía sufriendo más, mucho más que la misma Santa. Al iniciarse el descenso, es decir, después de la repulsión de "La Tosca", sin embargo de no ver él nada con sus ojos ciegos, olfateó el siniestro, y en medio de eufemismos predijoselo á Santa. Por sus desdichas él se sabía al dedillo las máculas y cábalas de que adolecen las mujerzuelas de los burdeles, sus amas y encargadas; consiguientemente veía lo que á Santa aguardábale si no tronchaba el peligro de raíz y resolvía domiciliarse por algún tiempo en ciudad ó pueblo cercanos:

—Descanse Ud., Santita, que á más que el descanso ha de venirle de perlas, necesita Ud. borrar la impresión que á la fuerza ha de originar su quiebra con ese Rubio y el desaire de "La Tosca". Si carece Ud. de fondos, que no ha de carecer, yo guardo unos reales que son de Ud.,

Santita... Sobre todo, póngase Ud. en cura, desde mañana, desde hoy ¿qué sabemos lo que serán sus dolores? ¿Le falta á Ud. un nombre para retirarse de este oficio endiantrado?... pues si no la apena á Ud. por lo poco que soy, tome Ud. el mio: que yo no le reclamaré pago ni retribuciones.

Cuando estos sucesos comenzaron, no los consideraba Santa con el pesimismo del pianista; considerábalos, al contrario, de buen cariz... Tal vez con objeto de que sus energías no se le amenguaran discurrió que la mudanza de hábitos no estaba exenta de atractivos:

—Realizaré un deseo que ya se me enmohecia de puro viejo, Hipo,—decíale al músico escandalizado,—conocer cómo viven las prostitutas pobres. Si no me agrada, siempre habrá tiempo de desandar lo andado y de volvernos atrás. Soy casi rica, Hipo, no se apure Ud.; y en realizando este capricho, ó regreso á una de las casas de lujo ó me pongo á vivir con Ud., muy sosegada, para que Ud. alcance su sueño y yo me alivie. Pero, ahora no me contrarie Ud., no me vaticine desgracias; déjeme probar esto, unos días, vamos! acabaré de asquearme, me regeneraré de veras y seré luego la mujer más constante con Ud. ¿no se enoja? ¿seguirá queriéndome?

Y felinamente, venciendo los ascos que la inspiraba el ciego,—ascos que por el alcohol y el encanallamiento progresivo tendían á borrarse,—felinamente lo acariciaba Santa; con lo que Hipólito perdía los estribos y la besaba, la besaba en el cuello, por sobre la ropa, apretábala tanto que le cortaba el respiro; como si ya tuviese de-

recho para hacerlo ó como si la honda pasión cantrariada rebasara la medida y por los poros se le escapase.

Una ocasión, por poco no la posee. Su animadidad, acicateada por el deseo refrenado, por la creciente intimidad que los ligaba,—veíanse en los hoteles mal reputados, después que algún anónimo dueño de Santa salía del cuarto, dejando encima de un mueble, visiblemente, el importe de la convencional tarifa, (un puñado de monedas que cabrilleaban en la media luz de la habitación cerrada,) y en el aire enrarecido de la misma, un olor, vagabundo y perezoso, á tabaco, bebida y sudor masculino; olor que se parecía, aunque en escala menor y muy desvanecido, al de los establos desaseados que albergaron muchas reses, cuando ya el ganado marchó á las dehesas y el sol revuelve con sus rayos los detritus y miasmas. Allí llegaba Hipólito, guiado por Genaro; allí daba suelta á sus suplicaciones, temores y profecías; allí acogotábalo el hedor aquel, que, además, le estrujaba el corazón y á sus horribles ojos sin iris acertaba como á estriárselos, según los surcos que en los globos blanquizcos le imprimían las lágrimas lentamente resbalándole. ¡Cuántas mañanas lloró sin poder ni saludar, parado á la mitad de la estancia, blandiendo el cipión que descendía luego sin castigar á la ramera, ni menos las incalificables debilidades de él que le estorbaban el morir y día á día llevábanlo á contemplar, y aún adorar, ignominia tan grande!... A diario la propia protesta, el propio juramento:

—Si Ud. no cambia, Santita, aquí lo dejamos.

¡Le juro á Ud. que no vuelvo á buscarla ni á preocuparme de lo que le acontezca!

Para eliminar testigos, mandábase á Genaro por aguardiente y café,—que era este el único desayuno que toleraba el estragado estómago de la chica. Y durante una soledad de estas, el ciego se le abalanzó delirante, desfigurado, amenazador:

—Yo! yo!—gritaba,—alguna vez yo, que me muero por Ud! Yo, Santita; sea Ud. compasiva, que si más aguardo no me tocará nada! Todos pasan sobre Ud., Santita, como si fuera una piedra de la calle... y yo que la idolatro, oigo el tropel y con eso he de saciarme?... Nó, Santita, así suceda lo que sucediere... ¡Hoy paso yo!...

Hubo instantes de lucha, de positiva brega cuerpo á cuerpo; sin otra ventaja de la parte de Santa, que su vista sana y buena, en tanto que Hipólito debía combatir con las tinieblas de sus ojos y el defenderse de Santa, quien, al fin, se puso en cobro y, sofocadísima, declaró al ciego desde el lado opuesto del catre que á modo de trincherera los distanciaba:

—Nó, Hipo, por Dios! Es Ud. demasiado bueno y no merece que yo me le entregue como estoy. Nó, le digo á Ud. que nó!—agregó, corriendo semi desnuda y aterrorizada de la actitud del ciego, que á fe que espantaba: los párpados de sus ojos enormemente abiertos, dilatada la nariz y contraída la boca, encogido todo él, cual fiera lista á saltar, sin cayado, los nervudos brazos abriéndose y cerrándose desesperados de sólo asir el vacío; con brincos de gato montés y resoplidos de tigre enjaulado.

—Nó, Hipo, nó!...—repetía Santa, yendo de un extremo á otro, Hipólito, ganándole terreno minuto á minuto, sin hablar, tendidos sus brazos como antenas de araña fantástica, en reclamo del cuerpo fugitivo que no veía pero que con locura adoraba; cuya vecindad adivinaba en su oído admirable de ciego, cuya desnudez olfateaba con irrazonable frenesí de infeliz y hácia el cual tendía los brazos temblorosos en suprema y terrible demanda de alivio...

La lucha se tornó implacable, con encarnizamientos de enemigos. Ya no había idolo ni ídolatra, sino el eterno combate primitivo de la hembra que se rehusa y el macho que persigue. De vez en cuando, escuchábanse ahogados y roncós los "nó!" "nó!" de Santa y los arrastramientos de Hipólito, en el piso de ladrillos... Un descuido de Santa, que resbaló en el suelo; luego, dos gritos, el de pavor de ella y el de victoria de él; luego... luego, un jadear meramente animal, de personas enlazadas que forcejean, el ciego encima, magullando la carne idolatrada que al mundo entero pertenecía, abriéndose brecha con crueldades de gorila... Santa, en muda ya, domeñada, en espera de la furiosa embestida, con la silenciosa conformidad de su sexo, para aquellas derrotas fisiológicamente fabricado; y entrando de rondón, Genaro, que se petrifica de mirar el informe é imponente bulto, que vierte el aguardiente, el café, que, niño en definitiva, solloza y clamea:

—Amo!... don Hipólito!... niña Santa!... ¿qué es?...

Ahí terminaron las soledades; nunca más se

mandó á Genaro en busca de nada. Si los camareros de los hoteles no podían ejecutar el mandado, prefería Santa permanecer en ayunas, no beber su aguardiente, cuanto hay, con tal de no permanecer á la exclusiva merced del ciego.

Pues aquella criatura, á pesar de sus depravaciones, á pesar de ser la negación del Pudor y de todos los pudores, conservaba uno en favor de Hipólito. Raro ¿verdad?... mas así era. No quería dársele tan manchada y sucia, saliendo de todos los brazos. Quería dársele después de una interrupción en su degradado vivir que medio la limpiara y medio hiciérala digna de ese amor del pianista que, al cabo, esplendía por sobre las negruras de su despeñamiento, igual á antorcha de salud, á estrella celeste que le garantizaba perdón, descanso, olvido. Y explíquense ustedes porqué, ello no obstante, retardaba el principio de enmienda, la interrupción indispensable, porqué el propósito de ayer hoy desbaratábase y porqué el de hoy corría mañana parecida suerte!..

Ante la tardanza, ante el continuo rodar de la moza peñas abajo, Hipólito llegó á desesperar, y sacando fuerzas de su flaqueza, cumplió con la oferta de separarse de ella:—Santita,—le dijo con resolución,—adios! Ni nunca me ha querido Ud. ni nunca me querrá; que si algo me quisiera, á buen seguro que me tuviese en este purgatorio... ya no puedo más, se lo protestó á Ud! Día á día vengo á sacar á Ud. de estos hoteles de Satanás y Ud. se me queda, me promete que mañana se irá conmigo... y ese "mañana" bienaventurado que yo aguardo hace quién sabe cuánto tiempo, jamás amanece, Santita, porque